

una idea del funcionamiento del depósito, se indica a continuación la marcha de las máquinas en el mismo.

A su entrada, bien procedan de mercancías o viajeros, pasan al reconocimiento A) y, después de calificado su estado de conservación y funcionamiento, limpian el hogar y cenicero en B).

Pasan a tomar carbón y agua en el tobogán F) y marchan por las vías muertas hasta el final de las mismas, dirigiéndose a las naves de estacionamiento L) o talleres de pequeña K) o gran reparación H), según su estado.

Cuando han de prestar nuevamente servicio, bien salgan de cualquiera de las tres instalaciones citadas, avanzan hasta R), para limpiar nuevamente su hogar y cenicero, y pasan a S) para su reconocimiento y entrega al equipo correspondiente.

Pasan después al triángulo T), donde, según las vías que recorren, cambian o no de dirección, según también la que lleve el tren que han de conducir, y salen por la vía señalada para ello del depósito.

Cuando visité este depósito, pude comprobar que una máquina cargó en F) 6 000 kg de menudo, 3 500 de briqueta y 10 m³ de agua en seis minutos, y dicha máquina, desde que entró en el depósito de conducir el *express* de París a Laon, hasta que salió con nuevo equipo, para llevar el ómnibus de Reims, empleó únicamente treinta y cinco minutos.

En el día se preparan, por término medio, ciento cincuenta locomotoras.

El número de obreros afectos al depósito es de

noventa y cinco, de los cuales, cincuenta están afectos al taller de grandes reparaciones, y los cuarenta y cinco restantes, a las diversas maniobras y trabajos, en los tres turnos de ocho horas establecidos.

En el depósito antiguo, destruido en la guerra, que era de tipo corriente, y en el que solamente se podían preparar al día unas noventa máquinas, había ciento treinta y cinco hombres, habiéndose economizado, con la disposición actual, cuarenta obreros.

Los trabajos de construcción de estas instalaciones comenzaron en abril de 1921, y los del movimiento de tierras correspondiente, en diciembre de 1920.

El presupuesto total de estas instalaciones, incluyendo en él las instalaciones que pueden ampliarse, y de las que se ha hecho mención, alcanza a 40 millones de francos, según el detalle que me han facilitado:

	Francos
Expropiación, 120 Ha, a 20 000 francos.....	2 400 000
Movimiento de tierras, 300 000 m ³ , a 15 francos.....	4 500 000
Obras de hormigón armado.....	15 000 000
Toma de agua y depuración.....	1 500 000
Vías, 22 km, a 150 000 francos.....	3 300 000
Aparatos mecánicos.....	7 000 000
Máquinas-herramientas.....	2 000 000
Aparatos de vía.....	1 000 000
Enclavamientos.....	1 000 000
Central eléctrica.....	2 000 000
TOTAL.....	39 700 000

Domingo MENDIZÁBAL
Ingeniero de Caminos.

TOLEDO

Conferencia pronunciada en la clase de Arquitectura, de la Escuela de Caminos, el día 14 de mayo de 1926

La ciudad y el camino

Se ha dicho, con razón, que Madrid es una perenne lucha entre la estepa y la montaña. Cuanto se ha hecho estos últimos años en su mejora, ha sido—inconscientemente, por supuesto—una eliminación de elementos esteparios, manchegos pudieran llamarse, y una incorporación proporcionada de elementos montañosos, norteños, en suma, europeos.

Y una de las más curiosas, emocionantes y ejemplares salidas que cualquier ingenioso hidalgo de nuestro tiempo puede emprender desde este Madrid de piel cambiante hacia el mundo infinito de los sueños, es, por las puertas de la estepa castellana y hacia su corazón monumental, la muerta y amada ciudad de Toledo, la bien plantada.

Desde la misma estación del Mediodía comienza la Mancha. Es el paisaje característico que todos conocéis; es, simplemente, lo que se ve desde estas ventanas. Una llanura parda, de vegetación enana, uniforme y monótona, como la seca epidermis de un anciano. De tarde en tarde, muy de tarde en tarde, una verruguita rocosa—el cerro de los Angeles, por

ejemplo—como para facilitar la elevación de una capilla. Esta faz desértica del paisaje, con leves incidencias, sin dramatismo visual, domina en el camino de Madrid a Toledo, con la sola excepción de Aranjuez, un oasis florecido que el Tajo ofrendó a la desolada llanura de Castilla.

El único detalle romántico del trayecto está a pocos metros de la estación del Mediodía. Allí, como un vestigio del viejo Madrid que despide al viajero, hay unos cipreses melancólicos, ornando el abandonado cementerio en que el pobre Larra recibió sepultura, ante la cual, cuando yo era muchacho, unos hombres de la generación del 98, concienzudamente vestidos de negro y tocados con arcaicos sombreros de copa—como una estampa viva del año 1830—, fueron a dejar un ramo de flores en recuerdo del llorado—y olvidado—muerto.

Cuando se desciende del tren en Toledo, la ciudad está oculta y el camino sigue la orilla del Tajo, de aguas—en este sitio—inmóviles. Después, de repente, pasado el trozo de roca en que se enquista el castillo de San Servando, la vista descubre, sin preparación, el puente de Alcántara, cruzando el río con

su arco heroico, y el mágico espectáculo de la ciudad a la sombra guerrera del Alcázar, clavado sobre la roca, por la que trepan dos caminos arrimados a la línea de viejos muros, deshechos por el tiempo.

Y es un contraste estupendo el de la parda llanura castellana con el verde fragante de la Vega y con los bárbaros escarpes de granito que forman la hoz del río, sirviendo, por un lado, de poderoso cimiento a la ciudad dorada por el sol, mientras que por el otro sostienen una corona de cigarrales mecidos por el hondo murmullo de las aguas.

Un poco de Historia del Arte

Los orígenes de Toledo son tan lejanos como oscuros. Sobre el tronco de la historia, la verde y ondulante leyenda se ha enroscado en vestidura indestructible. De la época romana sabemos poco, y ello procede de dos cortos pasajes de Tito Livio y de algunas inscripciones y monedas. Los restos monumentales son escasísimos, por haber servido de cantera a las generaciones siguientes: cimientos del puente de Alcántara, y de las murallas, ruinas de un templo dedicado a Hércules, de un anfiteatro, de un acueducto, quizá de una naumaquia; ruinas de ruinas de un circo, enorme, uno de los raros indicios de la pujanza de aquel *Toletum*, para siempre muerto.

En 418, los visigodos se apoderan de Toledo, que poco a poco llega a ser la metrópoli religiosa de España y la capital de aquel Imperio frágil y anárquico que, como un castillo de naipes, se deshizo ante el sople caliente de los guerreros africanos. No queda en pie ninguna construcción visigoda en Toledo; pero una muestra de la suntuosidad de su corte la dan las coronas votivas de Guarrazar, hoy en el museo de Cluny.

La conquista árabe hizo perder a Toledo su rango de capital de la Península. Mientras que Córdoba era, cuarenta años después de la invasión, la metrópoli artística y política del nuevo Estado musulmán, Toledo sufre un período de agitaciones, revueltas y sitios continuos, hasta que fué sometida definitivamente por Abd-er-Rahmen III, en 927. En esta época azarosa, sin duda, se destruyó más que se construyó. Desde entonces adquirió Toledo su aspecto de ciudadela, reduciéndose a la parte construída en la abrupta roca, haciendo los habitantes pequeñas fortalezas de sus casas y estrechos pasadizos de sus calles, insuperables para la guerra interior. En los numerosos sitios sufridos entonces desaparecerían los monumentos romanos y visigodos elevados en la Vega, así como los barrios importantes que se extendían en la llanura.

No queda gran cosa de los tiempos árabes del siglo X en Toledo. Por casualidad ha llegado a nuestros tiempos un monumento auténtico, que ya estudiamos con todo detalle: la mezquita de Bib-Al-Mardoum—hoy Cristo de la Luz—, edificada en 980 de nuestra Era, según la curiosa inscripción cúfica de su fachada. Ella evoca en Toledo los esplendores del Califato cordobés y, por sobre ellos, los del Bagdad de las *Mil y una noches*. Único testigo en Castilla de una civilización desaparecida, demuestra que Toledo fué, en el seno del imperio de los árabes, el asiento de un arte particular y muy influido por la localidad.

Después Toledo hereda la potencia artística de Córdoba: primero, con la desmembración del Califato y el dominio de soberanos árabes independientes; más tarde, bajo la inteligente tutela de los reyes cristianos de Castilla, cuya serie comienza con el conquistador de la ciudad, Alfonso VI, «el soberano de los hombres de dos religiones», como con graciosa jactancia se titulaba.

Alfonso VI traslada la corte de Burgos a Toledo, que se transforma en la capital del más potente de los reinos cristianos españoles. Artísticamente, entre el conquistador y el advenimiento de los bien llamados *reyes nuevos*, con la caída de Don Pedro *el Cruel*, Toledo es la capital del arte mudéjar.

En su día se explicó en esta clase la arabización del susomestado ciclo de reyes, sobre la cual nunca se insistirá lo bastante. Alfonso VI se encontró, al entrar en la ciudad, con tres núcleos raciales arabizados, musulmanes, judíos y cristianos mozárabes, a los que respetó y aun protegió con cariño. Con el ejército invasor entró un cuarto núcleo de cristianos del Norte, en gran parte extranjeros, a los cuales tuvo que imponerse el soberano, deteniendo su celo fanático, que intentaba romper los términos de la capitulación en virtud de la cual se rindió Toledo, ya que deseaban abolir el rito mozárabe y transformar mezquitas en iglesias.

Los sucesores de Alfonso VI, conscientemente unas veces y sin querer otras, más bien aumentan que disminuyen el arabismo de esta sociedad tan interesante.

Alfonso VII acoge en sus Estados a los mozárabes y judíos expulsados de Andalucía por el fanatismo de los almohades. Bajo el reinado de San Fernando, las conquistas de Córdoba y Sevilla aumentan el número de súbditos musulmanes, y los conquistadores, embrujados por el encanto embriagador de la ciudad de la gracia, viven entre muebles y telas musulmanas; artistas árabes tejen sus vestidos y cincelan sus armas, y hasta el epitafio del rey se redacta en latín, castellano, árabe y hebreo. Alfonso X se rodea de sabios de las tres religiones. Alfonso XI hace construir esa maravilla mudéjar que es el palacio de Tordesillas, hoy encerrado en la clausura de un convento de clarisas, y Pedro *el Cruel* edifica, para su espléndida coima, la Padilla, el incomparable Alcázar sevillano.

Nada tiene, pues, de extraño que el arte arquitectónico toledano de este largo período exprese, con gran elocuencia algunas veces—Santiago del Arrabal, sinagogas, palacios—, el carácter compuesto y más oriental que occidental de esta mezclada civilización.

Desde principios del siglo XI a fines del XV, la Catedral es la única obra europea en Toledo—un islote gótico impuesto por la moda y el elemento cortesano, que intrigaba a veces desde el regio lecho—, y aun ella no pudo sustraerse al ambiente arabizado que la rodeaba, por cuya razón es ejemplar único y casticísimo de nuestro ojival.

Tan refractaria era la ciudad al arte extranjero de la iglesia primada, que su arquitectura no ejerció ninguna influencia sobre las construcciones contemporáneas. Es curioso observar que durante las tres centurias que duró su construcción, los canteros en ella empleados no trabajaron con acento gótico en ninguna otra obra de las elevadas en la ciudad en que vivían. Hace falta esperar al reinado de los

Reyes Católicos para ver edificar otros monumentos góticos en Toledo, y aunque sus autores fueron—a veces—los arquitectos encargados de la Catedral, no se inspiran en ella, sino en el arte flamígero de Borgoña o de Flandes. Recordemos la personalidad de aquel Hanequín Egas, de Bruselas, que a mediados del siglo XV trabajaba en la puerta de los Leones y como tantos artistas nórdicos formó aquí dinastía, que apenas tarda una generación en españolizar su arte, transformando el gótico nórdico-germánico con fermentos de nuestra raza, henchidos de mudejamiento.

Para terminar esta excursión somera por la Historia del Arte, citemos el papel de primer orden que representó Toledo en la formación de los estilos españoles surgidos del exceso de savia y vitalidad gozado por España en tiempo de los Reyes Católicos, en el que Toledo fué la capital de un imperio de extensión desconocida en Europa desde los romanos. En cierto sentido fué una doble capital de este gran imperio español, porque no fué solamente la corte de los reyes, sino también la metrópoli de los grandes arzobispos, que tenían una autoridad no menor que la de los soberanos, cuyo trono afianzaban, a más de reemplazarlos en los períodos de regencia. Del primero de estos arzobispos, D. Pedro González de Mendoza, hemos hablado muchas veces en nuestro curso de Historia de la Arquitectura. Es aquel «tercer rey de España», como se le llamó en su tiempo, descendiente de una de las más grandes familias del reino, magnífico modelo de prelado-guerrero, que, después de acompañar a Fernando el Católico en la batalla de Toro, hizo toda la campaña de Andalucía y plantó su cruz en la Torre de la Vela granadina; el creador del Colegio de Valladolid y del incomparable Hospital de la Santa Cruz de Mendoza, en Toledo. En su lecho de muerte nombró como sucesor a un modesto fraile franciscano, ya confesor de la reina, fray Francisco Jiménez de Cisneros, gracias al cual pudo Carlos el Emperador recoger la herencia de sus abuelos.

En Toledo puede decirse se incubaron los grandes estilos españoles de nuestro primer renacimiento. Aquel estilo *Isabel*, de tan primorosos detalles—que terminó en las exageradas florescencias del *manuelino* portugués—, arte en que las formas gótico-floridas españolizadas se funden con las mudéjares, tienen en Toledo su monumento mejor logrado: San Juan de los Reyes. El estilo que, siguiendo a Bertaux, hemos llamado *Cisneros*, mezcla de las formas renacientes italianas con las mudéjares tiene también en Toledo su obra maestra: la sala capitular de la Catedral, y ya hemos mencionado el toledano Hospital de la Santa Cruz, cuya portada es la obra más importante del *plateresco*. Estos tres monumentos constituyen las máximas creaciones arquitectó-

nicas del Renacimiento español, dádiva que la Providencia puso en el halda de la reina Isabel, la hembra más buena y más inteligente que la fecunda entraña española ha producido, entre las que viven en las páginas de nuestra Historia.

El sincretismo de Toledo

Muchas ciudades españolas representan el predominio absoluto de una época, que acuñó el paisaje con visible unidad. Mérida, por ejemplo, es, ante todo, la vieja ciudad romana; Granada, el baluarte naserita; Zamora, Avila, Segovia, Soria son ciudades guerrilleras eternizadas en su antiguo papel de centinelas de vanguardia; Burgos es nuestra gran ciudad gótica, y Salamanca, bajo la púrpura pálida del sol, es la ciudad universitaria de nuestro renacimiento isabelino.

Sólo Toledo es la ciudad-síntesis, la que resume en innumerable teoría de glorias todas las épocas de nuestra historia, que en ella se teje con hilos de leyenda; la ciudad sincrética que nos muestra los más claros ejemplos de aquella fecundísima lucha entre Oriente y Occidente que tuvo por teatro nuestro suelo y que, de haber acabado en abrazo, hubiera hecho de nosotros—probablemente—los forjadores de una estupenda cultura en la Edad Moderna. Y esta mezcla perenne, patentizada en el espíritu y en la carne de la ciudad, es la mitad de su inefable encanto.

Pero Toledo no se limita a resumir en sus monumentos, amasados con el polvo de los siglos, las palpaciones de la historia honda de España. Artísticamente representa el más peregrino caso de absorción de temperamentos extranjeiros, a quienes la ciudad hizo suyos, infiltrándolos su espíritu y recreándolos a su imagen y semejanza. Como toda la Península, pero más acentuadamente que en el resto, Toledo ha reunido las civilizaciones más diversas y los artistas más diferentes por sus orígenes. Junto a los árabes, trabajaron franceses desde el siglo XII; flamencos, borgoñones y alemanes se ceden, en el siglo XV, con los mudéjares, e italianos pintan y esculpen desde el siglo XIV hasta el Renacimiento. Del toledanismo adquirido por los artistas con su permanencia en la ciudad, los ejemplos más característicos son Juan Guas, aquel flamenco a quien Toledo reveló el Oriente—según frase de Bertaux—, que elevó la ya citada iglesia de San Juan de los Reyes, y el incomparable Domenico Theotocopulos, cuya cuna fué mecida por los vientos de Creta, la isla del padre de los Dioses, a pesar de lo cual fué el más egregio reflejo del alma misteriosa de la ciudad y el que interpretó con más fuerza y con más hondas raíces espirituales la tragedia interior de los españoles de su tiempo.

Tomás GARCÍA-DIEGO
Profesor de la Escuela de C., C. y P.

(Terminará en el número próximo.)